

Relecciones

Revista Interdisciplinar de Filosofía y Humanidades

nº
01

HACIA UNA NUEVA RACIONALIDAD

NOVIEMBRE 2014



Artículo extraído del número 1 de *Relecciones*

RESEÑA DE

“La vida es un milagro. Jaque a la superstición moderna” de BERRY, Wendell

Reseñado por
AGEJAS ESTEBAN, José Ángel

www.relecciones.com



Universidad
Francisco de Vitoria
UFV

La vida es un milagro. Jaque a la superstición moderna

Autor / Author

BERRY, Wendell

Editorial / Publishing company

Nuevo Inicio, Granada 2013, pp. 182

Como el subtítulo del ensayo no deja lugar a dudas, «un ensayo contra la superstición moderna», lo más relevante que nos parece que esta reseña ha de afrontar es cómo el libro cumple su propósito. Desde el primer capítulo, titulado «Ignorancia» (pp. 15-26), el autor muestra los tres ases con los que va a jugar su partida: primero, que en todo análisis crítico hemos de partir siempre de la experiencia y tradición (p. 15); segundo, que el conocimiento no puede ser entendido como sinónimo de dominio (p. 18); y tercero, que el punto fuerte de la propia experiencia y del propio conocimiento es la ignorancia (p. 23). Es importante en este punto señalar que habla el autor en primera persona acerca de la biología, sobre todo, pues tras ejercer como profesor de lengua y literatura, recuperó la tradición granjera familiar, y es en el campo y la ganadería donde más claramente palpa el reduccionismo moderno del concepto de vida. Lejos de una falsa humildad, utiliza la paradoja chestertoniana que plantea como punto fuerte para el esbozo de una teoría del conocimiento que acoge el misterio como horizonte de la realidad: «lo más probable es que el misterio que envuelve nuestra vida no sea significativamente reducible. Por eso es decisivo saber cómo actuar en la ignorancia. Nuestra historia nos permite suponer que se puede muy bien actuar sobre la base de un conocimiento incompleto *siempre que* nuestra cultura tenga un modo eficaz de decirnos que ese conocimiento es incompleto y también de decirnos cómo actuar en nuestro estado de ignorancia» (p. 24).

Ha quedado desvelada así la superstición moderna a la que se refiere el subtítulo de la obra: la de creer que el conocimiento humano es capaz de agotar toda la explicación de la realidad y por tanto, de que gracias a la ciencia empírica como único método del mismo, y a la obtención de resultados económicamente crecientes, tenemos siempre a mano todas las claves con las que dirigir la acción humana. ¿La propuesta del autor? «No estoy proponiendo el fin de la ciencia ni el de las otras disciplinas intelectuales, sino más bien un cambio de las categorías, de los criterios y de los fines de nuestro obrar. Las categorías de nuestro comportamiento no deben provenir de la capacidad tecnológica, sino de la naturaleza de los lugares y de las comunidades» (p. 25). La propuesta que hace el autor por la renovación gnoseológica es, por lo mismo, una propuesta moral: cómo

reintegramos realidad, verdad y fines. No extraña, por ello, el segundo capítulo, titulado «Lo apropiado», que como bien explica el traductor, traduce el inglés «propriety», término cargado de connotaciones morales, todas ellas recogidas en el vocabulario más clásico vinculado con el ejercicio de la olvidada virtud de la prudencia.

«Mi preocupación general tiene que ver con lo que considero la incapacidad creciente de las disciplinas científicas, artísticas y religiosas para ayudarnos a afrontar la cuestión de qué es lo apropiado en nuestros pensamientos y en nuestros actos. (...) La idea de lo apropiado subraya la importancia de la adecuación de nuestra conducta a nuestro lugar o a nuestras circunstancias, incluso a nuestras esperanzas. (...) Lo apropiado es la antítesis del individualismo. Sacar a la luz la cuestión de lo que es apropiado es negar que el deseo de cualquier individuo pueda ser la medida del fin del mundo. (...) Todas las disciplinas tienden cada vez más a tener la identidad de los profesionalismos, los cuales a su vez se someten cada vez más a los objetivos y a los criterios del industrialismo. (...) El profesionalismo aspira a grandes respuestas que logren titulares, dinero y ascensos. Ansía, además, unas respuestas uniformes y universales: los mismos estilos, las mismas explicaciones, las mismas rutinas, las mismas herramientas, los mismos métodos, los mismos modelos, las mismas creencias, las mismas diversiones, etc., para todo el mundo y en todas partes. Y al igual que las empresas, cuyo deseo de "crecimiento" parece ahora incontrolable, también las instituciones gubernamentales, educativas y religiosas parecen inclinadas a medir su éxito en términos de tamaño y de número» (p. 29). Es imposible no ver aquí el eco de las denuncias que hace cuatro décadas pronunció Schumacher, por ejemplo, en *Lo pequeño es hermoso*. En definitiva, aparece aquí la unidad íntima de lo humano, que ha quedado desdibujada en nuestra cultura por culpa de la fragmentación del conocimiento y su desvinculación con el comportamiento provocada por el cientificismo.

El capítulo tercero ocupa nada menos que la mitad del libro. De alguna manera el ensayo de Wendell Berry es una respuesta y diálogo crítico con el famoso biólogo de Harvard, tomando como excusa su difundido ensayo *Consilience: la unidad del conocimiento*, también traducido y publicado en España. Wilson es un conocido materialista que, en consecuencia, propone sin ningún pudor que la única convergencia y unidad posible entre saberes consiste en la reducción de todos a la ciencia empírica, la única capaz de explicarlo todo del todo. Tomar ese ensayo como interlocutor se justifica porque, «pienso, en resumen, que a pesar de sus pretensiones iconoclastas, el señor Wilson representa una cierta ortodoxia científica popular. Su libro parece estar escrito para confirmar la creencia popular de que la ciencia es enteramente buena, que conduce a un progreso ilimitado y que tiene (o llegará a tener) todas las respuestas» (p. 38).

Es un interesante y claro diálogo desde una defensa del sentido común y de la amplitud y diversidad de saberes y conocimientos humanos con un interlocutor asentado en el materialismo más rampón, y en un cientificismo carente de capacidad crítica. Desde nuestro punto de vista, es quizá la parte menos original del ensayo de Berry, quien en el resto de los capítulos sí va dejando interesantes reflexiones y sugerencias desde las que superar los límites de una gnoseología no sólo falaz, sino sobre todo, insuficiente.

Puesto que no se trata de un libro erudito para eruditos, sino de una propuesta de diálogo y de pistas para el mismo en defensa del sentido común, de la verdadera interrelación entre saberes y disciplinas, uno de los capítulos más sugerentes, a nuestro modo de ver, es el titulado «Conversación extraacadémica». La oposición entre ciencias y humanidades, a su juicio, se ha consolidado y profundizado por culpa de una mentalidad claramente mercantilista, a la que no

interesa la colaboración y armonía entre ambas:

«Para empezar a pensar en la posibilidad de una colaboración entre las distintas disciplinas, tenemos que caer en la cuenta de que las “dos culturas” existen como tales porque las dos pertenecen a la cultura única de la división y de la dislocación, de la oposición y la competencia, es decir, a la cultura del colonialismo y del industrialismo. (...) Para facilitar este proceso, las empresas patrocinan las disciplinas académicas, principalmente las ciencias, pero algo del dinero que destinan a ello, a modo de mecenazgo “filantrópico”, se filtra también a las artes. Los intermediarios de este patronazgo son las universidades, que son las organizadoras de las disciplinas en nuestra época. Dado que las universidades están siempre en proceso de construcción y siempre necesitan dinero, aceptan el principal fundamento de la economía, el de la contraposición entre el dinero y los bienes. Una vez que han aceptado así el mundo real como anti-cosmos hecho de opuestos que compiten entre sí, es sencillamente inevitable que organicen el aprendizaje, no como un diálogo de disciplinas que colaboran, sino como un anti-sistema de secciones contrarias que compiten unas con otras. Han compartimentado nuestra única gran responsabilidad —la de vivir inteligente y generosamente— y hecho de ella una madriguera de irresponsabilidades. Las ciencias están compartimentadas como el almacén de un matadero, para servir mejor a las empresas. Las llamadas humanidades, que podrían haber proporcionado al menos una memoria que pudiera servir de correctivo o de freno recordando las cosas buenas que los seres humanos han podido lograr a veces, esas humanidades han sido desmembradas en irresponsabilidades descaradas, de forma que producen “comunicadores” que no tienen nada que decir y “educadores” que no tienen nada que enseñar» (p. 143)

¿Dónde encontrar un camino para la convergencia? Todo el ensayo es un diálogo crítico con el reduccionista libro del conocido biólogo Edward O. Wilson. Nuestro autor encuentra salida en una experiencia concreta que analiza y propone, de ahí el título del capítulo. Aunque la bautiza como extraacadémica, a nuestro entender es la más propiamente académica que hoy se puede dar. La bautiza así porque, como ha criticado más arriba, la Universidad ha perdido en muchos casos su razón de ser, o muchos de los que trabajan en ella han abandonado el auténtico horizonte del saber. Pero su propuesta es, lejos de un vocabulario pomposo o de una pose ficticiamente erudita, una argumentación plena de razones, que enumera al final de este capítulo, y que pone en ejercicio en los dos capítulos finales «Hacia un cambio de categorías» y «Algunas notas a modo de conclusión».

Creemos que este ensayo es una aportación muy seria a un debate que muchos eluden, otros rechazan, pero que tanto la Universidad, como la sociedad en su conjunto, necesitan y reclaman, incluso sin saberlo. «Supongamos, pues, que tuviéramos que cambiar los criterios, como de hecho ya están haciendo algunos científicos y algunos artistas. Supongamos que el criterio último de nuestro trabajo tuviera que ser no el profesionalismo y la rentabilidad, sino la salud y la subsistencia de las comunidades naturales y humanas. (...) Supongamos, en resumen, que nos tomáramos en serio la proposición de que nuestras artes y nuestras ciencias tienen el poder de ayudarnos a adaptarnos y a sobrevivir. ¿Qué haríamos en ese caso?» (p. 154). El autor hace sus sugerencias. Pequeñas sugerencias. Pero es que es muy partidario de esa «pedagogía de los pequeños pasos» que hacen cercanos y personales los retos que, convertidos en grandes programas abstractos suenan a campañas electorales y maquinarias ideológicas. Wendell Berry apunta que quiere dejar claro que sus «sugerencias son relevantes, ante todo, para el pensamiento, para el trabajo y para la conducta de los individuos» (p. 155).

Seguramente sea esa insistencia en la humildad como actitud del auténtico sabio (científico o artista), por la que entre las notas a modo de conclusión, vuelva a recordar la cuestión de la ignorancia, con cuya experiencia como paradoja arrancaba el ensayo: «Por eso, la proposición de que sería bueno saberlo todo es probablemente falsa. La verdadera pregunta que hay que abordar siempre es la que surge de nuestra condición de ignorantes: ¿Cómo se actúa bien —de un modo compasivo y sensible a la realidad, que no produzca daños irreparables— partiendo de la base de que sólo tenemos un conocimiento *parcial*? Quizás la respuesta más adecuada, y también la más natural, en nuestro estado de ignorancia, no sea apresurarse por incrementar la cantidad de información disponible, y ni siquiera por aumentar el conocimiento, sino más bien afrontar de manera viva y amigable las cuestiones acerca de la forma, de la elegancia y del afecto en nuestra relación con lo real. Estas cuestiones que tienen que ver con la “sostenibilidad”, son a la vez científicas y artísticas» (p. 172). ■

José Ángel Agejas Esteban

Universidad Francisco de Vitoria
 Madrid (España)

Re lectio nes

www.relecciones.com



Universidad
Francisco de Vitoria
UFV Madrid